

EL GUERRILLERO DON JULIAN SANCHEZ (EL CHARRO), BRIGADIER DE CABALLERIA

por JULIO REPOLLES DE ZAYAS
Coronel de Caballería
del Servicio Histórico Militar

I. EL CAMINO DE UN GUERRILLERO

Rasgos biográficos.

Estamos ante un español que de simple soldado y guerrillero llegó a general de brigada o a *brigadier*, como se decía entonces. Se llamaba Julián Sánchez García, y más tarde, cuando destacó por su actuación como guerrillero y jefe de guerrillas, se le llamó *Don Julián Sánchez García «El Charro»*.

Sus biógrafos nos lo presentan a trazos en la historia de la España de principio del siglo pasado. Tan pronto surge de la sombra para alcanzar la máxima luminosidad, como desaparece en el anonimato.

A don Julián se le había fijado hasta ahora como lugar de nacimiento un pueblo de Salamanca llamado Santíz, y respecto a la fecha en que vino al mundo, no se decía más que «a mediados del siglo XVIII». Tampoco se precisaba con exactitud dónde y cuándo murió, e incluso se aseguraba que había fallecido oscuramente por causa de sus ideas liberales. Sin embargo, al examinar documentos fehacientes, hemos comprobado que no había sentido entusiasmo por la causa constitucional. Como fruto de nuestra investigación sobre su vida, podemos brindar a la curiosidad histórica el lugar de su nacimiento y el lugar de su muerte.

Pero antes de llegar a estos datos, digamos que don Julián gozó de gran popularidad y de gran respeto entre los españoles de la época. Una señal de respeto es aquello de que siempre se le llama *Don Julián* y no simplemente Julián, cual correspondería a su modesto origen de mayoral en una ganadería salmantina.

Por lo que se refiere a su popularidad, ésta fue recogida en coplas alusivas a sus hazañas. Estas coplas se cantaron con son de jota castellana y al siguiente tenor:

*Cuando don Julián Sánchez
monta a caballo,
se dicen los franceses
ya viene el diablo.
Don Julián, tus lanceros
parecen soles
con mangas encarnadas
en los morriones.*

Se llamaba *manga* un paño triangular que desde el morrión caía en graciosos pliegues sobre el hombro del jinete.

Tampoco faltaron a don Julián las letrillas que aludían al efecto que sus lanceros producían en los corazones femeninos.

*Es mi novio un lancero
de don Julián;
si él me quiere mucho,
yo le quiero más.*

Las mozas salmantinas tenían tanta fe en las lanzas de don Julián, que creían poder llegar con ellas a Francia...:

*Andamos por los montes
despedazando
águilas imperiales
que van volando.
Un lancero me lleva
puesta en su lanza:
¿Si querrá que yo vaya
con él a Francia?*

A don Julián le rodea una leyenda según la cual tomó las armas para lavar no sabemos qué afrenta inferida por los franceses a una de sus hermanas, o para vengar la muerte de sus padres en asesinato cometido por los soldados napoleónicos... Lo cierto es que él mismo, en escrito dirigido a Fernando VII el mes de septiembre de 1814, dice: «Me presenté voluntario no obstante estar atendiendo a mi mujer, madre y hermanas». Las partidas de matrimonio de las hermanas del guerrillero precisan que el padre murió antes de empezar la guerra y que la madre residía en Peramato después de concluida ésta.

Se ha exagerado mucho su intervención en determinadas batallas; en cambio, se ha silenciado su intervención en otras. Así, pues, por ejemplo, se destaca su actuación en la de Los Arapiles y Vitoria y apenas se mienta su presencia en la reconquista de Burgos y Zaragoza.

La guerrilla de «El Charro» se llamó impropriamente «Partida de los doscientos lanceros de don Julián». Es posible que al principio no fueran más que doscientos, e incluso menos, pero lo que sí es más verdad que todas es que la guerrilla de don Julián terminó siendo Regimiento Ligero de Lanceros de Castilla, y más adelante llegó a ser una brigada.

En la denominación «lanceros ligeros» hay una sorprendente contradicción; los guerrilleros montados se consideraban Caballería ligera y los lanceros, Caballería de línea. Es probable que a los lanceros de Castilla, dado su origen guerrillero, se les llamase «ligeros».

Los éxitos de don Julián al frente de los lanceros fueron tan extraordinarios que los ascensos se sucedían vertiginosamente: a los dos años de haber ingresado en el ejército como soldado voluntario alcanzó el empleo de coronel, y dieciocho meses más tarde ascendía a brigadier.

Años después de la actuación de don Julián en la guerra contra la invasión francesa, cayó en el olvido hasta el punto de ignorarse por mucho tiempo el lugar y momento de su muerte, pero sin desaparecer por completo del recuerdo de todos los que le habían conocido, y mucho menos de aquellos que habían combatido a su lado. En esta época también cundió la leyenda del enterramiento en Cuéllar (Segovia), seguido de la profanación de su sepultura y la fundición de su sable para convertirlo en navajas. A pesar de esta etapa negativa en glorificación del guerrillero, Salamanca seguía recordándole con emoción. *Las coplas de don Julián* se transmitían de grandes a chicos con bisbiseo de rezo. Porque Salamanca, desde su corazón castellano, no podía olvidar al garrochista.

Lugares de nacimiento y enterramiento.

En la provincia de Salamanca existe el pueblecillo de Muñoz, partido judicial de Ciudad Rodrigo. El libro de registro de bautizos de la parroquia de San Pedro de Muñoz, tiene una inscripción que dice así:

«En la iglesia del Señor San Pedro, de Muñóz, el cura párroco, don Manuel Bazas, bautizó solemnemente y puso los Santos Oleos, el día 3 de junio de 1774, a un niño que nació tres o cuatro días antes y se llamó Julián, hijo legítimo de Lorenzo Sánchez, natural y vecino de este pueblo, y de Inés García, natural de Peramato...»

Nota

Aquí debíes
toda la partida
de D. Julián
Sánchez g.
esta al folio

2.75.-

menor

Julián

Sánchez

García.

En virtud de comisión dada a D. Vicencio Carr 275,
Serrano cura Rector de la Parroquia, ordenó San-
tas aminor por al señor D. Pedro Marguery y Panga
Juan Eclesiástico de la Maldoba y por decreto se para
lo que dio en el día del Diciembre del mil ochocientos
veinte bue informados de la Verdad del nacimiento de
Julián Sánchez de este Pueblo (por declaración de testigo)
se mandó a dicho Parrocho que en este libro, para que
siempre conste como debe y es así.

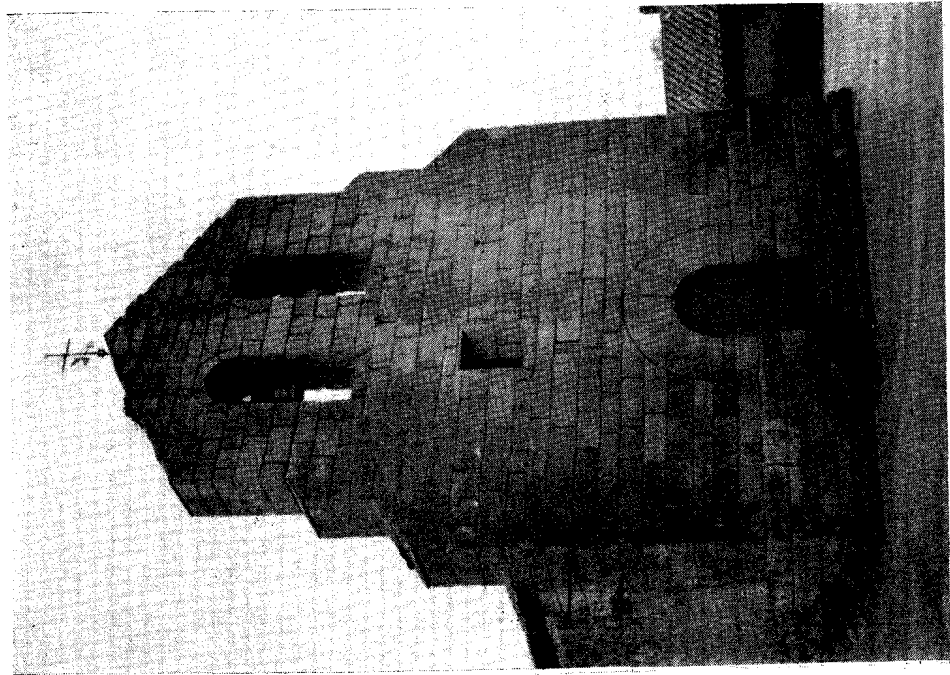
Consta por dicha información que en la Iglesia Parro-
quia del Señor San Pedro en Muñoz que D. Manuel
Paras cura que era en el año de mil Setecientos sesen-
ta y quatro en el día del mes de Junio del mismo Año bap-
tizó solemnemente y puso los Santos Oleos un niño que ne-
ció tres o quatro días antes y se llamó Julián hijo legítimo
de Lorenzo Sánchez natural y vecino de este Pueblo y de
Inés García natural de Penamayo: Abuelo Paterno de
donde es natural de Penamayo: Abuelo Maternal de este
Pueblo y Abuelo de Pedraza: Después de Ciudad Rodrigo
donde es natural de Santa Cruz de la Sierra y madre
donde es natural de Santa Cruz de la Sierra: fue su Padrino Julián Sánchez con su mujer
Josefa Sánchez vecinos de este mismo que se lea en el libro
del Panteón de Espiritual y demás obligaciones, y para
que conste por mandado de dicho Señor fue le puesto
esta partida que fuere en dicho lugar de Muñoz y Die-
sambres quatro de mil ochocientos veinte.

En la cmta. Páliz

Juan de Carr 275

[Firma]

Partida de nacimiento de don Julián Sánchez en el libro de bautizados de la parroquia de Muñoz (Salamanca). La partida no se asentó en su momento por omisión involuntaria y se hizo años después mediante una diligencia, referida al folio en que le correspondía figurar.



Iglesia parroquial de Muñoz (Salamanca) donde fue bautizado el guerrillero don Julián Sánchez.



Monumento a don Julián Sánchez («El Charro») en Ciudad Rodrigo.

Don Julián Sánchez } Ep al Via Dios vna vez y mas de Odo. Velas de mil
 Conjunta persona de } ochocientos dineros y dos y de el exequente caridad. Hecho
 don Juan Velarde } Ley de Eternidad. Quillem Etern en la eternidad al cadaver del
 don Julián Sánchez Brigadier de la R. Expedición Española
 Murió en esta Ciudad. Después de guerra de don Juan Velarde,
 murió al día siguiente de haber recibido la R. Exequencia
 de grande Comendador y Exaltación. Por lo tanto, y ante el
 de hecho de don Juan Velarde. Murió y se le hizo el sepulcro y el
 tumba. se anota en la república de la R. y ante la
 don Juan Velarde.

Don Juan Velarde

Partida de defunción de don Julián Sánchez en el libro parroquial de enterramientos de Etreros (Segovia). En ella se hace constar que es esposo (conjunta persona) de doña Juana Velarde.

Una copia literal de esta partida de bautismo se encuentra en el Archivo General Militar de Segovia, unida al expediente del guerrillero.

Ante tan fehaciente documento no se puede dudar ya sobre el lugar de nacimiento de don Julián Sánchez García «El Charro». Quede, pues, bien claro, que nació en Muñóz —y no en Santíz, ni en Peramato, como se dijo hasta ahora—. En esta misma iglesia se bautizaron también sus siete hermanos: Ana, Inés, Josefa, Agustín, José, Sebastiana y Melchora. Julián era el cuarto de los ocho.

En cuanto a su muerte, tampoco puede dudarse del lugar en que ocurrió. He aquí el documento que lo atestigua (en el libro registro de enterramientos de Etreros, provincia de Segovia):

«En el día diez y nueve de octubre de mil ochocientos treinta y dos, yo el infrascrito, cura teniente de Etreros, di sepultura eclesiástica al cadáver del Señor Don Julián Sánchez, Brigadier de los Reales Ejércitos Españoles...»

El Archivo General Militar de Segovia guarda otro documento que prueba este hecho. Es un escrito fechado en Valladolid el 23 de octubre de 1832, donde el Capitán General de Castilla la Vieja comunicaba al Excelentísimo Señor del Servicio de Estado y encargado de Guerra el fallecimiento del brigadier de Caballería, don Julián Sánchez García, acaecido en Etreros (Segovia), el día 18 de los corrientes.

II. SUS HAZAÑAS GUERRERAS

Primeras campañas. Diez heridas.

Durante el verano de 1792, las relaciones entre Carlos IV de España y el gobierno revolucionario de Francia alcanzaron alta tensión política. La política de Godoy —sucesor al conde de Aranda en noviembre de este año—, aumentó las divergencias entre Francia y España hasta hacer la guerra inevitable. El 7 de marzo de 1793, la Convención votó con entusiasmo la guerra contra España.

El 4 de marzo se incorporó al Regimiento de Infantería *Mallorca* número 14 un soldado desconocido que se llamaba Julián Sánchez García, designado por sorteo entre los mozos de Muñóz (Salamanca) para tomar las armas. A este soldado se le dio ya entonces el calificativo de *distinguido*, tal como consta en la hoja de servicios. Sub-

rayemos que esta prematura calificación debe ser un error si no obedece a trato de favor exclusivo del escribiente que inició el documento. Soldados distinguidos no eran más que los *procedentes de leva y origen noble*. Y el soldado Julián no era de ninguna de esas procedencias.

Pero distinguido o no, lo cierto es que Julián marchó con su regimiento al Pirineo oriental, encuadrado en la IV Brigada del Ejército que mandaba el general Ricardos. Componían esta brigada los regimientos de *Mallorca*, *Córdoba*, *Burgos* y *Málaga*, y la mandaba el general Rodríguez Barria. La IV Brigada entró en fuego en el mes de abril, distinguiéndose en las acciones de Massonet, Vignac y Bellegarde.

Inglaterra intervino en el conflicto hispano-francés aliándose con España. Las escuadras combinadas de ambas potencias arribaron al puerto de Tolón el 29 de junio de 1793, donde desembarcaron un fuerte contingente de tropas. El 3 de septiembre llegó a Tolón un refuerzo de tropas españolas procedentes de la bahía de Rosas. Entre estas fuerzas iba el soldado Julián Sánchez García.

Cuando Julián desembarcó en Tolón, tropas francesas y aliadas se disputaban la plaza. Mandaba a los españoles el insigne marino don Federico Gravina —el que años después, en la batalla de Trafalgar (1805), sería héroe nacional—; pero en Tolón las armas de los franceses se impusieron a las aliadas, gracias al tesón y bravura de los galos, capitaneados por Napoleón Bonaparte.

El almirante inglés Hood tuvo que abandonar Tolón la noche del 18 al 19 de diciembre. Destaquemos que Hood tomó esta medida sin prevenir de ella a los españoles, quienes hubieron de replegarse bajo fuerte presión de las armas enemigas. Los regimientos de *Córdoba* y *Mallorca* efectuaron una magnífica operación de repliegue, bien apoyados por la artillería de los barcos de guerra españoles, logrando recoger todas las bajas propias, tanto muertos como heridos.

Entre los heridos graves se encontraba el soldado Julián Sánchez García, en cuyo cuerpo se habían clavado siete trozos de metralla.

Después de esta acción desafortunada, la escuadra española zarpó de Tolón con rumbo a Cartagena, donde desembarcó el regimiento de *Mallorca* para reorganizarse, logrado lo cual, volvió en 1794 al Pirineo oriental. Julián Sánchez, restablecido de sus heridas, siguió los pasos de su regimiento.

Esta vez los infantes de *Mallorca* lucharon heroicamente en Mont-

bou, y en la retirada hacia Figueras asaltaron a la bayoneta San Lorenzo de Muga, reconquistándola.

El 17 de noviembre los franceses lograron romper la línea de Llers en vigorosa acción contra los españoles, y pese al esfuerzo con que resistió el ejército mandado por el conde de la Unión, quien perdió la vida en el combate. El regimiento de *Mallorca* quedó prácticamente aniquilado en la defensa del Reducto Central, y Julián Sánchez fue hecho prisionero. No recuperó la libertad hasta que terminaron las hostilidades entre España y Francia, dieciocho meses después.

El tornar caprichoso de aquellos años de turbulencia europea, hizo que entre Inglaterra y España, antiguos aliados contra Francia, estallara nueva guerra. El regimiento de *Mallorca* se trasladó a la costa catalana con el propósito de embarcar con rumbo a Mahón, plaza amenazada por la escuadra inglesa, pero los ingleses se adelantaron y ocuparon la isla de Menorca.

Desde Barcelona, en 1797, salió Julián Sánchez formando parte de la escolta que conducía prisioneros y desertores a Cádiz. Al llegar a Cádiz vieron que la escuadra inglesa estaba bombardeando la ciudad. Mandaba la escuadra un ilustre marino llamado Nelson... Una línea de navíos españoles defendía la entrada de la boca de mar gaditana; la guarnición de Cádiz ocupaba posiciones para rechazar un posible desembarco británico. Esta era la situación al llegar a la plaza el destacamento del regimiento Mallorca conduciendo los prisioneros y los desertores. Inmediatamente toma parte en la defensa, y el soldado Julián Sánchez vuelve a caer herido por la explosión de un proyectil inglés. La herida también es grave y presenta los orificios de entrada de tres trozos de metralla.

Julián fue evacuado al hospital y una vez curado volvió a su regimiento, destacado en Mérida por la tensión de relaciones entre España y Portugal. En 1801 estalla la guerra entre las dos potencias peninsulares. Las tropas españolas invaden Portugal. Julián Sánchez vuelve a entrar en fuego en la acción de Aldea da Mata, plaza tomada a la bayoneta en duro combate por el regimiento *Mallorca*, y que según consta en el Historial del regimiento, los españoles causaron al ejército adversario cuatrocientos prisioneros y cien muertos.

Después de estas campañas, el soldado Julián Sánchez García regresó al hogar con la licencia absoluta de servicio en filas, con veintisiete años de edad y con diez cicatrices en su cuerpo.

Don Julián Sánchez, guerrillero

No hemos podido reunir datos que se refieran a las vicisitudes del soldado Julián Sánchez desde que fue licenciado en 1801 hasta su nuevo alistamiento en 1808. De esta época sólo se conoce que durante ella contrajo matrimonio con Cecilia Muriel García, probablemente natural de Retortillo, o quizá de Ciudad Rodrigo. En una de estas localidades se celebró la boda. Consta que al fallecer el padre de don Julián, éste ayudaba económicamente a su madre y a sus hermanas solteras (Josefa, Sebastiana y Melchora).

Julián Sánchez poseía atractivo físico y nobles cualidades humanas. Sus cualidades intelectuales y morales se reflejan en su expediente y se hallan expresadas en los certificados de los generales que lo conocieron y trataron, tales como Castaños, Palafox, Pérez de Herrasti, el conde de España, el duque del Parque, y otros, a quienes complacía ensalzar la inteligencia del guerrillero, su valor, sus dotes de mando y su fino tacto para con la población no combatiente. El mismo lord Wellington, en la correspondencia epistolar que mantuvo con su hermano y los informes que enviaba al gobierno inglés, hizo frecuentes elogios a don Julián.

Un autor anónimo describió así su continente: «Era de alta estatura, pelo rubio, rostro ovalado, barba poblada, de fuerzas extraordinarias; acostumbrado a manejar la garrocha —había sido mayoral de una de las principales toradas—, su golpe era certero.»

También otros autores anotan que fue mayoral de una ganadería de reses bravas, pero sin citar cuál. No existen documentos que acrediten tal extremo, pero sí parece confirmarlo un curioso dato: al ingresar como soldado voluntario el 15 de agosto de 1808, no lo hizo en el regimiento de *Mallorca*, como sería lógico, pues en él había servido anteriormente. Prefirió alistarse en el regimiento de lanceros que estaba organizándose a la sazón en Ciudad Rodrigo, «aportando su caballo, armamento y vestuario», como reza el citado escrito que dirigió el brigadier a Fernando VII. Por otra parte, cuando don Julián forma guerrilla, se alistaron en ella muchos garrochistas, muy probablemente compañeros suyos de oficio. Otro dato es la ayuda económica que recibió de los ganaderos, los cuales, al ayudar a don Julián, sabían que se exponían a las duras represalias de los franceses, que en tales casos, llegaban al fusilamiento inmediato.

Una nebulosa cubre la actuación de don Julián desde su alista-

amiento en *Voluntarios de Ciudad Rodrigo* hasta su ascenso a alférez, fecha en que empiezan a figurar en su hoja de servicios los hechos de armas en que participó.

La Hoja empieza con breves alusiones a la campaña del Rosellón, para reseñar luego su actuación a finales de febrero de 1809, siendo alférez. La Hoja es densa en acciones guerreras, pero muestra apreciables lagunas entre sus fechas. Es que la hoja de servicios de don Julián, como la de cuantos fueron militares profesionales con motivo de la guerra, se redactó después de terminar la lucha, mediante certificaciones de los generales a cuyas órdenes sirvieron, los cuales sólo dieron fe de lo que vieron realizar, conocieron con certeza o recordaban en el momento de certificar. Por ello han quedado recogidos sólo los hechos más notables, pero se desconocen otros más personales, acaso por considerarlos menos importantes.

Julián Sánchez ascendió a cabo 1.º el 20 de agosto de 1808; a sargento, el primero de octubre de 1808; a alférez, el 15 de febrero de 1809. Es interesante analizar las circunstancias que rodearon estos ascensos. Tal vez se debieran, simplemente, a la necesidad de improvisar mandos para encuadrar a los voluntarios, aprovechando la destacada personalidad de don Julián y su probada veteranía en las campañas anteriores. No obstante, el ascenso a sargento, y sobre todo a oficial, pudo haberlos obtenido por méritos contraídos en combate. Pero disponemos de tan poca documentación sobre estos extremos, que es necesario examinar las posibilidades que tuvo don Julián para ascender por méritos de guerra, como diríamos hoy.

Cuando don Julián —entonces simple Julián— se incorporó por segunda vez al ejército, ya se había producido la batalla de Bailén (19 de junio de 1808), y como consecuencia de ella los invasores napoleónicos se habían retirado al norte de la Península. La situación en Portugal tampoco era propicia a las armas francesas; en los primeros días de agosto el general inglés Wallesley, desembarcó en Portugal con su ejército, empeñándose con éxito contra los imperiales en la batalla de Vimeiro (20 de junio de 1808). La acción de Vimeiro impuso el cese de hostilidades, y dio lugar a la firma de la Convención de Cintra (30 de septiembre), en la que se estipulaba que las tropas francesas reembarcarían con rumbo a su patria.

En virtud de esta Convención las tropas francesas no serían hostilizadas por los españoles, ni por los ingleses, ni por los portugueses. Las fuerzas españolas respetaron el principio de no agresión, a pesar de haberse firmado la Conversión de Cintra sin la intervención de

España. Es importante hacer saber que el Convenio de Cintra obedeció a decisión personal de Vallesley sin intervención del Gobierno inglés. Del hecho cierto de haber respetado España la Convención se deduce que los *Voluntarios de Ciudad Rodrigo* no actuaron en los primeros meses de guerra.

Sin embargo, no puede descartarse la posibilidad de que estos *Voluntarios* se batieran a finales de 1808, cuando la guerra se recrudeció adquiriendo actividad inusitada. Es probable que la unidad a que pertenecía «El Charro» fuera integrada en el ejército de Castilla, reorganizado en tierra salmantina, y es probable también que siguiendo las vicisitudes de este ejército combatiera en las acciones que condujeron a las fuerzas españolas a la malhadada batalla de Tudela.

Carecemos de los documentos que pudieran confirmar esta hipótesis, pues hasta ahora sólo se sabe que en el mes de febrero de 1809 comenzó don Julián su actividad guerrillera al frente de doce lanceros, con los que se apoderó de un convoy en Vitigudino (Salamanca). En este hecho guerrillero, el ya don Julián «El Charro» hizo a los franceses cinco prisioneros. Al día siguiente, en otra acción guerrillera sobre el puente de Yecla, «El Charro» con sus doce lanceros cayó de sorpresa sobre un destacamento francés y se apoderó de otros quince prisioneros.

Es de señalar el tono humanitario con que hacía la guerra «El Charro» en un ambiente de por sí cruel. «El Charro», antes de atacar, agotaba todos los medios a su alcance para evitar bajas propias y muertes innecesarias en las filas enemigas. Se cuenta que en varias ocasiones invitó a los franceses a deponer las armas. Sin embargo, a lo largo de su dilatada vida guerrillera causó a los franceses unos 600 muertos y entregó al mando español 2.650 prisioneros; estas cifras constan en un documento manuscrito que hemos encontrado en el Archivo General Militar, de Segovia, y es curioso ver en él cómo «El Charro» especificaba el grado militar de los prisioneros franceses.

Los primeros éxitos de don Julián enardecieron a muchos de sus paisanos, que fueron a engrosar su guerrilla como voluntarios. En el mes de marzo la guerrilla de don Julián era famosa y nutrida y pasó a depender del ejército del general Wilson, constituido por 6.000 españoles.

Es difícil seguir paso a paso las correrías guerrilleras de don Julián. Intentaremos referirnos a las principales, para lo cual nos sirven de base las que constan en su Hoja de servicios.

La guerrilla de don Julián tenía por cuartel general el amplio horizonte salmantino de las Sierras de Francia, Béjar y Gata, en las que disponía de seguros refugios. Desde estos parajes vigilaba los movimientos del enemigo y controlaba sus comunicaciones, descendiendo al llano en acciones rápidas y enérgicas para interceptar convoyes, apresar correos y atacar destacamentos.

En estas acciones se combatía de verdad y con entereza, pues eran actos decisivos y no de entretenimiento. Los pueblos de la redonda, en labor quintacolumnista, proveían a los guerrilleros de alimentos, equipo y caballos; ocultaban y atendían a los heridos e informaban a la partida de los movimientos de tropas enemigas.

«El Charro» gozaba de gran ascendiente entre sus guerrilleros, quienes le querían y admiraban en la forma clásica en que siempre fue querido y admirado en España el jefe indiscutible, el hombre que manda a otro con el enorme prestigio de saber jugarse la vida a cara o cruz de la circunstancia adversa. La limpia personalidad de don Julián alcanzaba las zonas vibrantes del pueblo, en el que producían hondo eco sus palabras y causaba gran impresión con su ejemplo. Ocasión hubo en que recorrió la provincia de Zamora, dominada en gran parte por los franceses, levantando el ánimo de las gentes y arrastrando a la lucha a mil quinientos jóvenes, que fueron a engrosar las filas del ejército como voluntarios. También fue «El Charro» organizador eficaz de unidades combatientes. En cierta ocasión el duque del Parque le encomendó organizar un regimiento de Caballería, dos batallones de Infantería y una «compañía» de Artillería. El resultado de esta labor fue una felicitación a don Julián por la Junta Central. En un momento crítico de la guerra cubrió con voluntarios las bajas de la división del general Butrón, y además, proveyó de los caballos necesarios para la tracción de piezas de artillería y para remontar a varios jinetes.

Don Julián tenía mucho empeño en no gravar con el mantenimiento de sus tropas las comarcas en que actuaban. Para lograrlo, arrebató al enemigo los recursos necesarios. Si alguna vez se vio obligado a *vivir sobre el terreno*, dice el general del Parque, «lo hizo con tal tino y prudencia que no se produjeron quejas de los habitantes».

Los franceses temieron a «El Charro», pero sabiendo que era hombre humanitario, cuando se veían perseguidos por su guerrilla provocaban incendios en las aldeas que encontraban a su paso, seguros de que don Julián cesaría en la persecución para auxiliar a las víctimas y salvar de las llamas sus haciendas. La duquesa de Abrantes, esposa

del general Junot, dejó constancia en sus Memorias de la gran preocupación que a su marido producían las audacias guerrilleras de don Julián.

Los franceses llegaron a movilizar considerables fuerzas para destruir la guerrilla de don Julián, y ofrecieron importantes sumas de dinero al que facilitara su captura. Como resultaron fallidos todos los intentos de hacerse con don Julián vivo o muerto, los franceses dictaron serias amenazas contra toda persona que en cualquier forma ayudara al famoso guerrillero. Se conminaba con el fusilamiento inmediato a todo aquel en quien recayeran sospechas de ayudarlo. Pero la verdad es que: a pesar de las órdenes francesas, don Julián contó siempre con la cooperación arriesgada y decidida de sus paisanos.

El general Marchand, desde su Cuartel General en Salamanca, publicó un bando el 28 de septiembre de 1809, por el que hacía saber la detención de varios ganaderos (González Ideo, Alba, Bello, Bárcenas y el vizconde de Rascón) protectores de los guerrilleros, y advertía que tomaría con ellos las más severas medidas si en el término de ocho días no desaparecían las guerrillas. En este mismo bando se prevenía a los curas, alcaldes, escribanos y cirujanos, que responderían con su cabeza «de los desmanes que cometieran los lanceros». Trataba a éstos de «cuadrilla de salteadores, azote de los pueblos, que asesinan y matan».

Don Julián, justamente indignado por la actitud del general francés, redactó una carta llena de digna altivez. La carta empezaba así:

«General: he visto con desprecio la seductora proclama dirigida a los pueblos de la jurisdicción de Salamanca por la perfidia y embustes que contiene; apenas tuve paciencia para acabar de leerla...»

Esta carta de don Julián, prescindiendo de su sintaxis, es todo un dardo celtibérico.

«El Charro» rebatía allí con acertadas razones los nombres infamantes que el general francés dedicaba a los lanceros, diciendo que sólo podían ser aplicados a los invasores, subrayando que las guerrillas no despojaban más que al enemigo mientras que éste expoliaba cuanto podía los pueblos españoles.

Defensa de Ciudad Rodrigo.

Esta antigua plaza fuerte se asienta sobre una altura que cae en rápida pendiente hacia el sur, manteniendo formas suaves de des-

censo en el resto de las direcciones. La ciudad, rodeada de murallas con torreones y fosos, corresponde a una necesidad defensiva, pues se halla situada en una importante línea de penetración de la península Ibérica. Su construcción arranca de la Edad Media, pero a principios del XIX, ya había perdido por deterioro gran parte de su valor.

La necesidad de habitación, al correr de los tiempos, ha hecho que Ciudad Rodrigo rompiera el cerco amurallado, para extenderse por lo que hoy son los barrios de San Francisco y Santa Marina. El primero de éstos es populoso y alcanza la margen del río Agueda, modesto afluente del Duero. Sobre el Agueda se tiende en arcos clásicos la atrevida estructura de un viejo puente romano. Su posesión era de vital importancia para los franceses.

El mariscal Ney, duque de Elchingen, salió de Salamanca dispuesto a expugnar la ciudad-fortaleza. Llevaba a su mando el VI Cuerpo de Ejército, fuerte en 20.000 infantes, 2.000 jinetes y numerosas piezas de artillería de campaña. Ney llegó a las inmediaciones de Ciudad Rodrigo el 11 de febrero de 1810. Una vez desplegadas sus fuerzas ante la muralla, conminó a Pérez de Herrasti, gobernador de la ciudad, a la rendición sin condiciones. Herrasti se negó a ello en respuesta enérgica y cortés concebida en términos de alto patriotismo:

«Como Presidente de la Junta Suprema de Castilla la Vieja, como gobernador de Ciudad Rodrigo y como militar, tengo jurada la defensa de esta plaza por su legítimo rey don Fernando VII hasta perder la última gota de mi sangre: así pienso cumplirlo y toda la guarnición y habitantes de ella están resueltos a lo mismo, que es la única contestación que da a la propuesta que se le hace.»

Sorprendido Ney ante la respuesta del general español, optó por practicar unas bellas maniobras de exhibición ante Ciudad Rodrigo, limitando sus movimientos a la línea de alcance de los cañones españoles. A esta fanfarronada de las fuerzas francesas, respondió la guarnición y la población civil de Ciudad Rodrigo acudiendo a las murallas en actitud desafiante y proclamando su decisión de defender la plaza a toda costa (1).

(1) GÓMEZ ARTECHE, *Guerra de la Independencia*. Madrid, 1893, tomo VIII, pág. 181. Véase también LACA, Ramón de, *Pérez de Herrasti, el héroe de Ciudad Rodrigo*.

Al día siguiente del cerco, don Julián hizo una salida al frente de sus lanceros, quienes en lucha cuerpo a cuerpo, desalojaron de un altozano a un destacamento enemigo, conservando algún tiempo esta posición con el fuego de sus fusiles y regresando a la plaza protegidos por las guerrillas de Infantería que habían salido en su apoyo.

Durante la noche el mariscal Ney asentó sus baterías en un lugar llamado Teso, que domina la ciudad. Al amanecer, estas baterías rompieron el fuego sobre Ciudad Rodrigo, cuyos cañones, de superior calibre al de los franceses, acallaron las bocas de fuego enemigas. El mariscal, comprendiendo que era vano su empeño de conquistar la ciudad, pues carecía de lo que entonces se llamaba *tren de sitio* y hoy se conoce por artillería de grueso calibre, ordenó la retirada hacia San Felices, pequeña población situada al norte de Ciudad Rodrigo.

Ante el movimiento de repliegue —o de simple abandono— don Julián salió con sus lanceros, persiguiendo con gran decisión a las tropas francesas. A este gesto memorable de *los Lanceros de don Julián* se unió la guerrilla de Juan Martín Díaz «El Empecinado», que había acudido a la defensa de la ciudad.

Pérdida de Ciudad Rodrigo.

Esperaba Herrasti, y estaba en lo cierto, que la retirada francesa no fuera más que un movimiento de repliegue para regresar luego con medios más poderosos sobre la plaza. En previsión de esta posible eventualidad, dispuso Herrasti la defensa, construcción de nuevas obras y perfeccionando las ya existentes con gran rapidez. Los conventos de Santa Clara, Santo Domingo y San Francisco quedaron convertidos en reductos defensivos; hizo demoler el convento de la Trinidad, por quedar extramuras de la pieza y ser difícil su defensa. Con los escombros de la Trinidad levantó el reducto de San Andrés para proteger desde él la puerta llamada del Conde. Se reforzó la bóveda de la Catedral —seguramente echando sobre ella barro y piedras— que se utilizó como polvorín.

Integraban la guarnición de Ciudad Rodrigo 5.870 hombres pertenecientes a los regimientos de *Mallorca* y *Segovia*, un batallón de *Avila*, la *Milicia Urbana*, los *Voluntarios de Ciudad Rodrigo*, 'os *Lanceros de don Julián* (340 jinetes) y una compañía de Zapadores Minadores. La artillería constaba de 100 piezas. La población se elevaba a unas 5.000 personas. Era admirable el entusiasmo con

que colaboraron a los preparativos de defensa y el ánimo con que, más tarde, cooperaban a ella (2).

No citan las crónicas del episodio la indiscutible información que tendría Herrasti sobre las intenciones de los franceses, pero es de suponer que su red informativa fuera buena y fidedigna, pues de las medidas tomadas hasta ahora se deduce que estaba seguro de que los franceses volverían al ataque. Como así fue.

Mientras Herrasti fortificaba Ciudad Rodrigo, el mariscal Massena se disponía a invadir Portugal al mando de un ejército de 70.000 franceses. Este ejército que mandaba Massena —*L'enfant gâté*, niño mimado de Napoleón— estaba formado por el II Cuerpo de Ejército al mando de Reynier; el VI, al mando de Ney; el VIII, a las órdenes de Junot, y un Cuerpo de Caballería mandado por Montbrunt. La artillería de toda esta gran máquina bélica fue considerablemente reforzada. En Salamanca se constituía un poderoso tren de sitio para expugnar Ciudad Rodrigo y después la ciudad portuguesa de Almeida.

En su marcha hacia Portugal, el Cuerpo de Ejército de Reyner combatió en Extremadura a las tropas españolas del general Ballesteros y del general Marqués de la Romana; al mismo tiempo el ejército de Junot se enfrentaba en tierras segovianas con las fuerzas de don Martín de La Carrera. Ney con el VI y la Caballería de Montbrunt, marchó sobre Ciudad Rodrigo, donde había dejado anteriormente una cuenta pendiente con su honor militar...

El general Wellington, al mando de un ejército compuesto por ingleses, portugueses, españoles y alemanes, se situó a pocas leguas de Ciudad Rodrigo cubriendo la frontera entre Portugal y España a la altura de Almeida.

A mediados del mes de abril, las fuerzas de Ney avanzaron imponentes sobre la ciudad. Era tal su impaciencia por sitiaria y ocuparla, que el mariscal se dejó en Salamanca el tren de batir. El día 25 llegaron las vanguardias de Ney ante las murallas de Ciudad Rodrigo, ocupando las alturas del Teso y del Calvario. Sin embargo, Ney no empeñó todas sus tropas en establecer el cerco efectivo, pues se veía precisado a mantener en reserva un grueso para oponerse al posible ataque de Wellington. Por esta razón se limitó a cerrar con destacamentos los principales accesos a la plaza.

A partir del día 26 don Julián efectuó numerosas salidas con sus

(2) GÓMEZ ARTECHE: *Op. cit.* Pág. 300.

lanceros para atacar a los destacamentos franceses. Cada vez que regresaba a la ciudad después de una de estas salidas provocaba el entusiasmo de la población civil. El arrojo de don Julián y sus lanceros se contagiaba a las unidades militares, que rivalizaban entre sí en las hazañas.

Pero el 1.º de mayo visitó Massena —seguramente en misión de inspección—, las fuerzas francesas que prácticamente sitiaban Ciudad Rodrigo. Al ver la difícil situación en que se encontraban los españoles, envió a uno de sus oficiales con una carta para Herrasti conminándole a la rendición. Herrasti, sin terminar la lectura de la misiva francesa por encontrar altanero su lenguaje, la devolvió al parlamentario haciéndole saber que en lo sucesivo no admitiría correspondencia del enemigo y que la suerte de la plaza sólo la decidirían las armas.

Ante la actitud del español, los franceses se decidieron a consumir la ocupación de la plaza a la fuerza.

El mariscal Ney, para facilitar los movimientos de sus tropas, hizo tender dos pasarelas sobre el Agueda, lo que intentó impedir muy bravamente la infantería española, pero sin conseguirlo. Por su parte, los zapadores españoles salieron una noche de la ciudad, y aguas arriba del Agueda talaron árboles corpulentos, que arrastraron hasta el río y los echaron en él con objeto de que al ser transportados por la corriente de sus aguas chocaran contra las pasarelas francesas, destruyéndolas. Pero los franceses lograron desviar los árboles antes de que llegaran a las pasarelas.

En una ocasión, escuadrones franceses al mando de Montbrunt intentaron penetrar por sorpresa en la plaza al amparo de la noche, llegando al reducto de San Andrés, que se hallaba defendido por el batallón de *Avila*. Al ¿Quién vive? de los centinelas españoles, de entre los atacantes respondió una voz en correcto castellano: *Los lanceros de don Julián*, seguramente dada esta voz por algún español afrancesado de los que luchaban al lado de los invasores. Del campo español salió un oficial para reconocer las fuerzas que querían hacerse pasar por los famosos lanceros. Este fue inmediatamente hecho prisionero, pero al darse cuenta los centinelas del pretendido engaño, rompieron el fuego contra la Caballería enemiga, alertando a la guarnición.

Al día siguiente —17 de mayo— logró infiltrarse entre los sitiadores el general inglés Crawford, que conferenció con Herrasti informándole de que el ejército aliado no era lo bastante fuerte



La salida de la guerrilla de don Julián Sánchez en un grabado moderno de Carlos.



Don Julián Sánchez con uniforme de general inglés, en un grabado coetáneo de M. Brandi que forma parte de la colección de don Félix Boix reproduciendo un óleo cuyo autor y localización se desconocen.

para presentar batalla al de Ney, pero que si Wellington encontraba ocasión propicia, atacaría para obligarle a levantar el sitio.

Al amanecer del día siguiente salió Crawford de Ciudad Rodrigo para regresar a su campamento escoltado por don Julián con 60 de sus lanceros y algunos infantes más. Al llegar a uno de los barrancos del Teso vieron que se les aproximaba un destacamento francés. Crawford propuso a don Julián regresar a Ciudad Rodrigo sin aceptar combate, pero «El Charro», sin hacerle caso, se lanzó en impetuosa carga contra los adversarios, quienes abandonaron la lucha dejando en el campo unos cincuenta hombres. Así pudo proseguir la marcha el inglés gracias a la escolta de don Julián, quien regresó combatiendo al lugar de partida.

A primeros de junio los sitiadores recibieron el tren de batir que se había dejado Ney en Salamanca, y una vez bien asentada la artillería, comenzaron el bombardeo de la plaza. Cada día se estrechaba más el cerco. La ciudad vivía horas de angustia. El general Wellesley no se decidió a socorrerla, a pesar de hallarse a pocas leguas de ella. Considerando Herrasti ya innecesario el empleo de la Caballería en la clase de lucha que se avecinaba, el 22 de junio ordenó a don Julián abandonar la plaza con sus lanceros para unirse a las tropas del general de La Carrera, que se encontraba en tierras de Segovia y de Salamanca haciendo frente al ejército de Junot.

La guerrilla de «El Charro», después de salidas que hizo quedó reducida a doscientos jinetes. Para cumplir la orden de Herrasti, don Julián cayó con sus lanceros sobre las líneas francesas del sector llamado Dehesa de Hernando. Los franceses, sorprendidos, no pudieron reaccionar, y don Julián rompió el cerco y llegó sin novedad a Ledesma, donde estaba el Cuartel General de don Martín de La Carrera.

Ciudad Rodrigo resistió hasta el 15 de agosto. Cuando Massena entró en la ciudad informó así a Napoleón:

«No hay idea del estado a que está reducida esta plaza, donde todo yace por tierra, destruido. Ni una casa quedó intacta.»

Jefe de guerrillas y jefe de brigada.

Don Julián Sánchez García ascendió a coronel en julio de 1810, y se le encomendó la dirección de todas las guerrillas que actuaban

entre los ríos Tajo y Duero. Dirigió la acción guerrillera con toda la valentía y pericia que le era característica; su prestigio había traspasado ya las líneas propias para llegar a las francesas. Por eso, en cuanto los franceses se enteraron de su nuevo cargo, reforzaron la escolta de convoyes y correos, a pesar de lo cual, don Julián siguió acosándolos con inteligencia siempre que el caso era propicio. La actuación de don Julián durante este período tuvo la virtud de elevar el ánimo de toda la provincia, bastante decaído por las bárbaras represalias de los invasores contra cualquiera que auxiliase directa o indirectamente a la rebelión. La circunstancia consta en el expediente de don Julián con estas palabras: «Contribuyó grandemente a levantar el espíritu en Castilla».

En esta época hubo guerrillas que se unieron voluntariamente a la de don Julián, como la del cura Violado y la de Vicente Olivera. Con estos refuerzos, la guerrilla inicial del intrépido «Charro» llegó a constituir un regimiento de lanceros, un batallón de Cazadores de Montaña y una batería. Tan considerable conjunto de fuerzas, se llamó *Brigada de don Julián*.

Con motivo de una revista de inspección, el conde de España (3) informó a la Junta Central sobre don Julián y su Brigada, elogiando el elevado espíritu y alto grado de disciplina, «estar los jinetes bien montados (4), y ser el equipo y vestuario todo lo bueno que permiten las actuales circunstancias».

Massena logró invadir Portugal, obligando a Wellington a replegarse a Torres-Vedras, donde se mantuvo a la defensiva reforzando con quince mil españoles y con las tropas del marqués de la Romana. A pesar de todo ello, la situación de los franceses no era lo que se dice halagüeña, pues padecían gran penuria de alimentos, debido a que las guerrillas españolas interceptaban sus convoyes.

Los franceses tenían que reaccionar de alguna manera contra la acción guerrillera, que les tenía prácticamente inmovilizados. Para lograrlo, enviaron nada menos que una división completa con la misión de destruir las guerrillas, lo que motivó un sinnúmero de combates verdaderamente sangrientos. Destaca el sostenido por *los lanceros de don Julián* en Muñoz, su propio pueblo, donde derrotaron a un fuerte destacamento enemigo tras horas de dura lucha.

(3) General francés que había españolizado su apellido Espaigne, y se había unido al ejército español en 1792, por haber sido guillotinado algunos de sus familiares durante la revolución francesa.

(4) Se refiere a la edad, salud, aptitud y preparación de los caballos.

En Portugal se hizo insostenible la situación de los imperiales, que tuvieron que emprender la retirada perseguidos por los aliados. En esta persecución se destacó la brigada de don Julián, que acosó hasta lo increíble la retaguardia francesa mandada por Ney.

Massena detuvo su retirada cuando pudo apoyarse en los ríos Agueda, Tormes y Duero, donde se estableció a la defensiva. Por su parte Wellington también se detuvo y no siguió acosando a Ney. Tanto perseguidos como perseguidores necesitaban descanso y tiempo para reorganizarse...

Después de esta tregua reparadora, Wellington no prosiguió la persecución o, como diríamos hoy, no se empeñó en la explotación del éxito. Además, a su retaguardia quedaban plazas como la de Badajoz y Almeida, que era preciso recuperar. Así, pues, puso sitio a Badajoz y Almeida, encargando a la brigada de don Julián que mantuviera el contacto con el enemigo.

Finalizaba abril, cuando el ejército francés avanzó para intentar levantar el sitio de Almeida. Wellington concentró casi todas sus tropas para cerrarle el paso en Fuentes de Oñoro, donde chocaron los dos ejércitos. La brigada de don Julián constaba de 600 jinetes, 1.000 infantes y dos cañones. Tres días duró esta batalla: del 3 al 5 de mayo. Al iniciarse, estaban los del «Charro» desplegados en Nava de Haven, al extremo derecho del ejército aliado, y tuvo que resistir furiosos ataques de la Caballería francesa, que le obligó a perder terreno, sin que Wellington pudiera reforzarle, pues se combatía denodadamente en toda la línea.

Al cabo de muchas alternativas en la lucha, el día 5 quedó vencedor el ejército aliado, teniendo los franceses que desistir de socorrer la plaza de Almeida, cuya guarnición se retiró rompiendo el cerco, después de volar las fortificaciones, destruir su artillería gruesa e incendiar la ciudad. Don Julián persiguió a la columna en retirada, logrando hacerle 105 prisioneros.

La guerra se desarrolló con suerte alterna hasta finales de 1811. Wellington tuvo que retirarse nuevamente a Portugal y don Julián continuó sus acciones guerrilleras en tierras lusas y castellanas.

El general Reynand, gobernador militar de Ciudad Rodrigo, salió el 15 de octubre sin otra escolta que 13 jinetes, para inspeccionar el pastoreo de un rebaño de más de 500 cabezas, que constituía la base de la alimentación de sus soldados. Apenas se alejaron unos centenares de metros de la muralla, surgió de una arboleda «El Charro» con algunos lanceros y dispersaron a la escolta y a los guardianes del

ganado, haciendo prisionero al general y a tres de sus acompañantes. Obligaron a huir al ganado hacia donde se encontraba emboscada el resto de la guerrilla, que pudo apoderarse de casi todo el rebaño.

Salió la Caballería de Ciudad Rodrigo en persecución de los guerrilleros. La esperó don Julián con los lanceros formados en un bloque de hileras intervaladas. Entre ellas se situó su Infantería, que contuvo a los escuadrones franceses con nutrido fuego, momento que aprovechó «El Charro» para cargar con sus jinetes y conseguir la victoria.

Como el general Reynand se mostraba muy abatido por su captura, don Julián se sentó a su mesa, juntamente con sus oficiales. Durante la cena conversaron amistosamente con el general, en cuyo honor celebraron los guerrilleros una animada fiesta folklórica, acompañando con guitarras las danzas y canciones regionales.

Don Julián Sánchez en el Ejército Regular.

Hacia finales de 1811, la brigada de don Julián pasó a formar parte del ejército de lord Wellington, quien lo había solicitado insistentemente de la Regencia. Para evitar cualquier dificultad, hizo que sus sueldos y manutención fueran abonados por Inglaterra. La brigada formó en la 3.^a División, constituida por españoles y mandada por el conde de España.

Los lanceros sustituyeron su típico traje charro por un vistoso uniforme de color rojo con vivos y alamares dorados, pelliza terciada como los húsares; casco con funda de pelo negro y manga encarnada. El equipo de los caballos varió también, y las monturas inglesas vinieron a sustituir las sillas vaqueras.

Muy dilatada fue la actuación de la brigada de don Julián hasta el final de la contienda. Nos detendremos en algunos de sus hechos más notables.

En las proximidades de San Muñoz (Salamanca), el día 29 de noviembre, sostuvo rudo combate la división del conde España con la del general Thiébault. Esta procedente de la Sierra de Francia, y aquella de Portugal. Los lanceros de don Julián, después de arrollar un cuadro de Infantería, cargaron contra un escuadrón de Cazadores de Montaña, formado por españoles al servicio del invasor. Lograron los lanceros rodear a los jinetes afrancesados y don Julián les invitaba a gritos a deponer las armas; pero ellos respondieron altaneros: «preferimos morir peleando a rendirnos a vosotros». Y así tuvo que ser.

Pasados unos años, el general francés relató este hecho en sus Memorias, comentando al referirse a los soldados de este escuadrón:

«En los dieciocho meses que estuvieron a mi servicio no me proporcionaron ningún disgusto, tan sólo el trabajo de contenerles en los combates, pues se mostraban tan valientes que parecían verdaderos locos.»

En los primeros días de 1812, nuevamente fue sitiada Ciudad Rodrigo, esta vez por el ejército aliado. Wellington empleó la Caballería de don Julián para interceptar las comunicaciones de Salamanca con la plaza. «El Charro» fue ascendido a brigadier el 28 de enero, diez días después de que la ciudad se rindiera a los ingleses, quienes empañaron la gloria de haberla conquistado saqueando despiadadamente los hogares de su población, y cometiendo no pocos excesos.

En los preliminares de la famosa batalla de Los Arapiles, don Julián tuvo destacada actuación, extendiendo los reconocimientos de sus escuadrones a terreno dominado por el enemigo. El día de la batalla (22 de julio), la división del conde de España, de la que formaba parte la brigada de lanceros, permaneció en reserva durante toda la jornada, siendo muy fugaz su intervención en la lucha. En los días que siguieron a esta acción, los lanceros persiguieron al ejército francés, haciéndole 500 prisioneros y apoderándose de bagajes y piezas de artillería.

Cuando en 1813 emprendió la ofensiva lord Wellington —ya generalísimo de los Ejércitos aliados y duque de Ciudad Rodrigo—, la brigada de don Julián marchó con las vanguardias. Cruzó el río Duero por los vados de Castro Nuño, venciendo la oposición de los franceses, para ocupar Burgos once días después. Vigilando los movimientos de las tropas del general Clauset, no tomó parte activa en la batalla de Vitoria el 21 de junio, pero después combatió en la Sierra de Andía, en Navarra y Aragón.

Unidos a las divisiones de Espoz y Mina y de Durán, avanzaron los lanceros sobre Zaragoza, y el 2 de julio sostuvieron dura lucha con la Caballería del general París en las proximidades del castillo de la Aljafería, entrando al anochecer en la heroica capital aragonesa. Los franceses, en retirada, volaron el puente sobre el Ebro para dificultar su persecución.

Reconquistada Zaragoza, la brigada de don Julián marchó a tierras catalanas. Las riberas del Cinca, Fraga, Mequinenza, Lérida, jalonaron sus hechos de armas, entre otros puntos.

Por el Tratado de Valençay del 11 de febrero de 1814, se restituyó el trono de España a Fernando VII, quien cruzó la frontera el 22 de marzo. Entre las tropas que le rindieron honores y aclamaron al pisar el suelo patrio, estaba la brigada de lanceros.

III. DESDE EL TRÍUNFO AL INFORTUNIO

En la cumbre del éxito.

Llegó la paz después de tan largo y cruento batallar, y la brigada, convertida en *Regimiento de Lanceros de Castilla*, 16.º de Línea, quedó de guarnición en Barbastro.

El país, empobrecido y agotado, necesitaba de paz estable y duradera para reparar los grandes daños materiales y morales producidos en tantos lustros de continuas guerras.

Los españoles estaban agitados por encontradas opiniones e intereses, regidos por un monarca falto de cualidades morales para impulsar la patria hacia el bienestar de todos. Fernando VII era pusilánime y por ello vengativo y cruel. Fue desleal, según su conveniencia, con quienes le servían. No era el gobernante adecuado para serenar el espíritu de su pueblo.

Con tan complejo panorama se aguzaron las discrepancias y se exacerbaron las pasiones, cristalizando en violencias fratricidas que llevaron la ruina y el luto a no pocos hogares españoles.

Al no aceptar el rey la Constitución aprobada por las Cortes de Cádiz provocó la rebelión de los más exaltados liberales. El valeroso Mina, expatriado en Francia, encabezó una sublevación en Pamplona. Con tal motivo, el Capitán General de Aragón, don José Palafox, movilizó sus tropas para sofocar el movimiento y ordenó al brigadier don Julián Sánchez marchar sobre Ayerbe para cerrar el paso a los rebeldes y atacar Jaca si su guarnición, como parecía, intentaba sumarse a la sublevación.

Tan pronto como el brigadier recibió la orden, el 1 de octubre, partió su regimiento a marchas forzadas, ocupó posiciones en Ayerde y visitó la guarnición de Jaca, que se hallaba tranquila. La rebelión había fracasado y Mina se encontraba de regreso en Francia.

Corría abril de 1816, cuando don Julián fue nombrado Gobernador Militar de Santoña y, como en todos sus cargos, desplegó su acostumbrada actividad, mejorando las fortificaciones que defendían la

plaza, para lo que hizo reparar 120 cureñas e instalar nuevas baterías en las murallas. A veces tuvo que combatir, para oponerse a las incursiones de partidas liberales, acaudilladas por el bravo Renovales y otros jefes rebeldes, exonerados por los absolutistas. Con motivo de estas alteraciones del orden tuvo mucha correspondencia «reservada» con los Ministros de la Guerra y de Estado, con el Capitán General de Castilla la Vieja y el Gobernador Militar de Santander, «todo ello con el mayor acierto», según consta en su hoja de servicios.

Su esposa, doña Cecilia Muriel García, falleció en Santoña el 19 de junio de 1819, y no quedó descendencia del matrimonio.

Con motivo del triunfo constitucional, iniciado con la sublevación de Riego en Las Cabezas de San Juan el 1 de enero de 1820, llegaron comisionados de la guarnición de La Coruña para sublevar la de Santoña y obligar al gobernador a jurar la Constitución. Supo don Julián dominar la difícil situación con tacto y energía, negándose a jurarla hasta que lo hiciera el rey. Juramento que efectuó el 20 de marzo, acatando de esta forma la orden recibida del capitán general de la Región.

Disgustado por las crueles violencias cometidas por los constitucionales en venganza de la persecución de que ellos fueron víctimas anteriormente, dejó Santoña en el mes de mayo, trasladándose a Salamanca para ponerse en contacto con sus antiguos guerrilleros y levantar partidas antiliberales. Con este fin también se puso al habla con el general portugués Silveira; pero descubiertas sus andanzas, fue llamado a Valladolid por el capitán general, quien le ordenó regresar a Santoña.

Fernando VII le llamó a su presencia el 7 de julio. Se desconoce el contenido de la entrevista, pero debió ser cordial, por cuanto, el 17 de noviembre se concedió a don Julián el ingreso en la Real y Militar orden de San Hermenegildo, y al año siguiente (1821) recibió la cruz y placa de la Orden de San Fernando, en premio a su heroica conducta durante la Guerra de la Independencia.

Venturosamente empezó para don Julián el año 1822. En sus primeros días contrajo matrimonio con la señorita Juana Ignacia Velarde de Gandarillas, celebrándose la boda con gran solemnidad en la catedral santanderina. Diecinueve años más joven que él, la novia pertenecía a una distinguida familia de Muriedas, el pueblo del capitán Velarde, héroe de 1808., que era pariente suyo.

Finalizaba 1822 prometedoramente para los cónyuges. El brigadier

había sido nombrado Gobernador Militar de la provincia de Santander, sin dejar de ejercer el gobierno de Santoña.

La estrella se eclipsa.

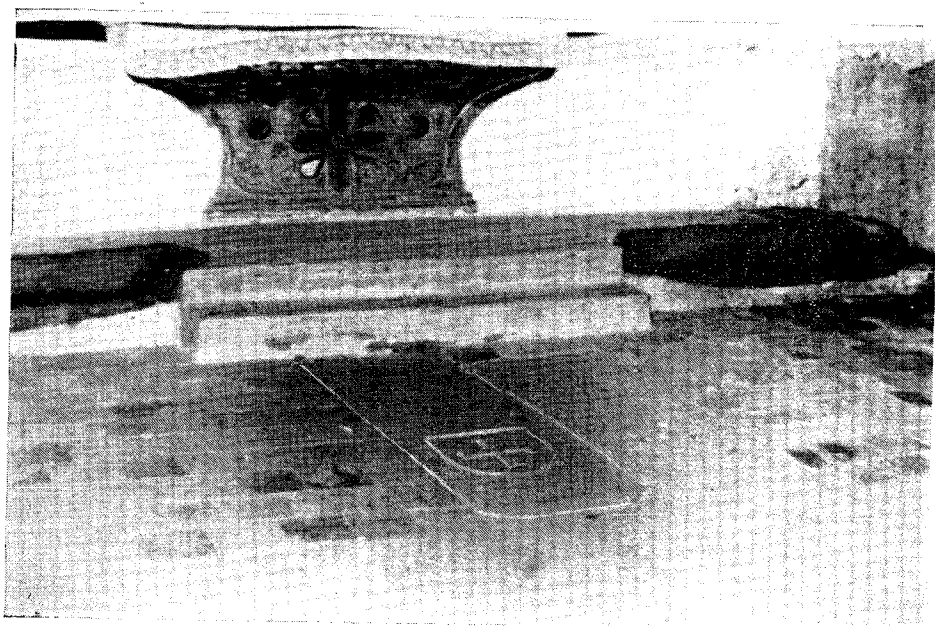
El panorama político se ensombreció. Los soberanos de Francia, Prusia, Austria y Rusia, firmaron un pacto secreto el 22 de septiembre de 1822, en el que se comprometían a restablecer el absolutismo en España, empleando las armas si fuera preciso. Tal pacto, que había de traer funestas consecuencias para la brillante carrera del brigadier.

Pródigos en acontecimientos iban a ser para don Julián los primeros meses de 1823. Santander fue invadida por facciones absolutistas, a las que el brigadier tuvo que combatir para restablecer el orden.

El 15 de febrero dispuso el capitán general de Castilla la Vieja la incorporación del brigadier don Julián Sánchez al 2.º Ejército, que estaba organizándose con las tropas de los Distritos 5.º y 6.º, pues se prevía una invasión francesa. Esta determinación no suponía su cese definitivo como gobernador y tampoco debería efectuar su incorporación hasta que llegase a Santander su sustituto, el brigadier don Joaquín Balboa. Por orden de la Subsecretaría de Guerra, fechada en Madrid el 7 de abril, se comunicaba al brigadier que el rey había dispuesto su urgente incorporación al Ejército de Operaciones: «para ser empleado en el lugar que ordene el General en Jefe».

En cumplimiento de esta orden, don Julián salió con tropas de su provincia, haciendo su incorporación al 2.º Ejército el día 17 de abril en Logroño. La invasión se había producido diez días antes. El duque de Angulema cruzó el Bidasoa acaudillando el ejército de «Los 100.000 hijos de San Luis», integrado en realidad por 60.000 franceses y 35.000 españoles absolutistas. Prácticamente estos nuevos invasores no encontraban resistencia. El pueblo, cansado ya de tan continuos disturbios y violencias de todos los matices, les aclamaba a su paso, creyó ingenuamente que con ellos llegaría la tranquilidad y prosperidad tan deseadas y, en general, las tropas españolas tampoco les combatían.

El día 18 de abril se enfrentaron el 2.º Ejército y el del duque de Angulema. Las tropas españolas lucharon sin entusiasmo y pronto abandonaron el campo a sus contrarios, pero don Julián atacó a los franceses con el ardor de siempre. Rodeado por lanceros enemigos, fue derribado de su caballo y hecho prisionero.



Ermita y altar mayor de Etreros (Segovia), a cuyo pie está enterrado don Julián Sánchez, en sepultura llana.



El cuartel de Caballería de Salamanca lleva en su frontis el nombre de don Julián Sánchez «El Charro», evocando la gloria de un ilustre hijo de la provincia.

Juntamente con otros muchos prisioneros de esta acción, fue conducido a Vitoria. Muy penosas debieron ser para el brigadier las jornadas hacia el cautiverio, después de haber sido batido y humillado por los vencedores.

Cuando el duque de Angulema tuvo conocimiento de su captura, dispuso que fuera llevado a su presencia. La entrevista tuvo lugar el 23 de abril y fue afable. El duque le trató con marcada deferencia y le dejó agregado a su Cuartel General, con el que entró en Madrid el 23 de mayo.

Restablecido Fernando VII en las máximas atribuciones soberanas, dispuso la «depuración» del brigadier, y que en tanto se aclarase su actuación quedara de «cuartel», especie de confinamiento, en Madrid. Solicitó don Julián que su cuartel fuese fijado en Salamanca, alegando tener allí familia, a lo que accedió el rey, enviándolo confinado y residenciado a Ledesma.

Gozaba don Julián de gran popularidad en toda la provincia salmantina. Su residencia era frecuentada por sus antiguos guerrilleros y numerosos amigos; incluso él salía de Ledesma para corresponder a estas visitas.

Esto creó una atmósfera de recelos y sospechas en torno al brigadier, lo que avivó un informe reservado del Comandante General de la provincia de Ávila, don Juan Mediavilla de La Torre, al Capitán General de Castilla la Vieja, fechado el 17 de septiembre, diciendo:

«la conducta del brigadier residenciado y confinado en Ledesma (Salamanca), se hace sospechosa por que *tiene entrevistas con indefinidos y antiguos voluntarios de la Caballería*», y además, el Inspector de Policía de mi provincia [Ávila] me ha mostrado cartas que *aumentan las sospechas*».

Proponía que «para la tranquilidad pública», se trasladara el cuartel del brigadier a provincia en que fuera menos conocido.

Un análisis del contenido de este informe revela la falta de consistencia de cualquier acusación concreta. Era cierto que don Julián se entrevistaba con militares indefinidos (sin destino por sus ideas liberales) y con antiguos guerrilleros. Pero lo que sobre esto quedó escrito en documentos, no hace más que *aumentar las sospechas* sin base acusatoria clara ni validez a efectos legales.

Sin embargo, por soberana disposición se procedió a la detención y conducción del brigadier a la prisión de Valladolid (Real Chancillería), en la que ingresó a primeros de febrero de 1824.

Largos y amargos debieron transcurrir los días para don Julián Sánchez en aquella cárcel que nunca mereció, en la que vivió separado de todos los suyos, casi incomunicado como vulgar malhechor. A finales de diciembre, elevó un respetuoso escrito al soberano, haciendo protestas de inocencia y solicitando ser puesto en libertad o que se le instruyese causa judicial.

Fernando VII *concedió* que se instruyera expediente judicial, y una vez elevado éste a causa, fue sobreseído en agosto de 1825 por falta de base acusatoria. A pesar de lo cual, el rey ordenó continuara en prisión e incomunicado *si ya no lo estuviera*.

Mientras tanto, una de las «comisiones depuradoras» nombradas al efecto para todos los sospechosos de liberalismo, tramitaba un metucioso expediente sobre la actuación del brigadier y otros varios generales y jefes del ejército. Esta comisión, que dicho sea de paso, no se distinguió por su templanza, dictó su veredicto a principios del año 1828, declarando *inocente* al brigadier:

«Con derecho a exigir daños y perjuicios de sus falsos acusadores, por lo que debe ser puesto en libertad sin que le sirva de nota desfavorable la prisión sufrida.»

Cuando salió de la cárcel, don Julián contaba cincuenta y cuatro años de edad. Fijó su residencia en Valladolid y elevó otro escrito al rey solicitando que le fuera reintegrado el medio sueldo que había dejado de percibir durante los años de confinamiento y prisión. Esto dio lugar a que se instruyera un voluminoso expediente administrativo que tardó más de dos años en tramitarse y resolverse a favor del brigadier.

No hemos encontrado documentos que revelen si don Julián ejerció su derecho de exigir daños y perjuicios de sus *falsos acusadores*, aunque es de suponer que, dada la razón que le asistía, no dejaría de hacerlo.

En este mismo año 1828 llegó don Julián a Etreros, un pueblo de la provincia de Segovia, acompañado de su esposa y de un hijo de corta edad. Lo atestigua el libro de defunciones de su iglesia parroquial, en el que está registrado lo siguiente:

«En el día 30 de agosto del año 1828, yo el infrasquito cura teniente de este lugar, dí sepultura eclesiástica, al cadáver de Francisco Luis, *párvulo* [niño menor de siete años] de don Julián Sánchez, natural de Muñóz, obispado de Salamanca, y de

doña Juana Velarde, natural de Muriedas, obispado de Santander...»

La estancia de don Julián y su familia en este modesto pueblo segoviano, batido por los gélidos vientos de la Sierra de Guadarrama, debió de obedecer a un nuevo confinamiento impuesto por Fernando VII, ya que muchos sufrieron esta pena a pesar de haber sido absueltos por las comisiones depuradoras. El día 30 de mayo de 1829 nació una hija, que recibió las aguas bautismales el día 2 de junio en la iglesia parroquial de Etreros, imponiéndosele los nombres de Rosa y Petronila. No fue muy duradera esta dicha para el matrimonio, pues la niña falleció a los dos años, el 4 de octubre de 1831. Tanto don Julián como su esposa debieron gozar de generales simpatías en Etreros, como se desprende del hecho de que sus nombres figuren en muchos actos parroquiales, unas veces como padrinos de bodas y otras como padrinos de bautizos.

El día 18 de octubre de 1832 se extinguió la vida del brigadier don Julián Sánchez García «El Charro». Próxima a Etreros se alza la vetusta ermita en cuyo suelo recibió cristiana sepultura. Entre las lápidas con epitafios, medio borrados por la acción del tiempo, hay una sin inscripción: es la tumba del brigadier, al que se le tributó el último signo de respeto no enterrándolo en el cementerio común, sino en sepultura llana, a pie de altar.

Justamente un año después, el 19 de octubre, dejaba de existir el rey Fernando VII, su implacable y desagradecido perseguidor, encargándose de la alta magistratura, como regente, la inteligente y bondadosa doña María Cristina de Borbón, que adoptó una política más flexible, restituyendo a la vida pública los perseguidos por el gobierno anterior. Pero esta magnanimidad ya no pudo alcanzar al bravo brigadier.

Tras las huellas de «El Charro».

Entre los millares de expedientes del Archivo General Militar del Alcázar de Segovia, que contienen gran parte de la Historia militar de España, se conserva el del brigadier de Caballería don Julián Sánchez García. Es un expediente modesto por su escaso número de folios, aunque grande en hazañas y actos maritorios.

Ninguno de estos documentos hace mención al apelativo del «Charro», aunque es la que hemos preferido para este epígrafe por ser

entrañable expresión de cariño y admiración, que le dieron sus paisanos y el pueblo en general.

A pesar del laconismo y frialdad oficial con que fueron redactados los escritos referentes al brigadier, todos ellos traslucen el espíritu heroico de don Julián y el gran amor que sintió por España. También reflejan acerbos sufrimientos morales y hasta materiales. Algunos de estos documentos hablan de estrecheces económicas en los últimos años de su vida.

Los viejos libros parroquiales de Muñóz y de Etreros registran en sus páginas acontecimientos relacionados con don Julián; tanto los venturosos como los desdichados. Ni en la iglesia en que fue bautizado, ni en la ermita que guarda sus restos mortales, existe lápida ni alusión alguna que pudiera recordar al visitante la vida del insigne patriota.

La bella Salamanca, solera del saber y cuna de tantos hombres ilustres, le dedicó una calle que hoy resulta lóbrega; pero en una de sus principales avenidas, el cuartel del Regimiento de Caballería *Santiago*, ostenta con orgullo en su fachada principal esta inscripción: Cuartel de don Julián Sánchez «El Charro».

La heroica Ciudad Rodrigo no le olvida. Junto a la catedral, cuyos muros conservan huellas de la metralla francesa, le dedica una espaciosa calle. Sobre la muralla, un bello monumento nos muestra a «El Charro» vistiendo el típico traje regional y empuñando la lanza; desde el sitio en que se asienta este monumento se divisa gran extensión de la vega del Agueda, el Teso, en el que aún se aprecian los asentamientos de la artillería francesa y el barro de San Francisco, lugares que fueron testigo de sus audaces proezas. No lejos de este monumento dedicado a «El Charro» se alzo otro alegórico al patriotismo de la población de Ciudad Rodrigo, al comportamiento ejemplar de su gobernador, don Andrés de Herrasti, y la bizarría de las unidades que la defendieron: *Mallorca, Segovia, Avila, Voluntarios de Ciudad Rodrigo, Milicia Urbana, Lanceros de don Julián, artilleros y sapadores*

OBRAS Y DOCUMENTOS CONSULTADOS

- ABRANTES, duquesa de: *Memoires, Collection Historique Illustrée*. París, 1912.
- Archivo Parroquial de Etreros (Segovia): Libros de Bautizados y de Enterramientos.
- Archivo Parroquial de Muñoz (Salamanca): Libros de Bautizos y de Matrimonios.
- Archivo de la Guerra de la Independencia del Servicio Histórico Militar.
- Archivo de Historiales de los Cuerpos del Servicio Histórico Militar: Historial del Regimiento de Infantería de Mallorca e Historiales de los Regimientos de Caballería España, Reina y Borbón.
- COMANDANTE ALBA: *Don Julián Sánchez, (a) «El Charro», «Memorial de Infantería», 1920.*
- GÓMEZ DE ARTECHE, José: *Guerra de la Independencia, Historia Militar de España de 1808 al 1814*. Madrid, 1893.
- MARTÍNEZ CAMPOS, Carlos: *España Bélica, Siglo XIX*. Edit. Aguilar. Madrid, 1965.
- PRIEGO LÓPEZ, Juan: *Guerra de la Independencia, 1808-1914*. Edit. Compañía Bibliográfica. Madrid, 1947.
- RAMÓN LACA, Julio de: *El general Pérez de Herrasti, héroe de Ciudad Rodrigo*. Edit. Raycar. Madrid, 1967.
- RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Los Guerrilleros de 1808*. Barcelona, 1868.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Julián, brigadier de Caballería: *Expediente personal*. Archivo General Militar de Segovia.
- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Guerra de la Independencia*. Madrid, 1967.
- SOTTO MONTES, Joaquín: *Síntesis Histórica de la Caballería Española*. Servicio Histórico Militar. Madrid, 1968.

Las fotografías y fotocopias reproducidas en este trabajo son del Servicio Histórico Militar.